

Enfrentamientos con un león en la literatura española (Don Quijote, el Cid, Manuel de León)

Pablo J. García Martín

Introducción

Nos proponemos reflexionar sobre el episodio del león en el Capítulo XVII de la segunda parte del Quijote, *“De donde se declaró el último punto y extremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de don Quijote, con la felicemente acabada aventura de los leones”*.

Sabido es que en la segunda parte de la inmortal novela, sus sentidos nunca engañan a Don Quijote. Nunca llega a confundir molinos con gigantes, ni rebaños con ejércitos, por hacer referencia a episodios bien conocidos. Si acaso, son los demás quienes tratan de confundirlo mostrándole la realidad como hubiese querido la fantasía quijotesca. En el caso de la aventura con los leones, ni los presentes tratan de confundirlo, ni el Caballero de la Triste Figura se engaña. Hay, en efecto, una jaula con leones en un carro y quiere demostrar su valor enfrentándose a las fieras.

El león y don Quijote

Cabalgan Don Quijote, Sancho y don Diego de Miranda, o caballero del Verde Gabán. Divisan un carro con banderas, lo que hace concebir al Ingenioso Hidalgo un aventura: *“El del Verde Gabán, que esto oyó, tendió la vista por todas partes, y no descubrió otra cosa que un carro que hacia ellos venía, con dos o tres banderas pequeñas, que le dieron a entender que el tal carro debía de traer moneda de Su Majestad, y así se lo dijo a don Quijote; pero él no le dio crédito, siempre creyendo y pensando que todo lo que le sucediese habían de ser aventuras y más aventuras, y así, respondió al hidalgo: -Hombre apercebido, medio combatido: no se pierde nada en que yo me aperciba, que sé por experiencia que tengo*

enemigos visibles e invisibles, y no sé cuándo, ni adónde, ni en qué tiempo, ni en qué figuras me han de acometer". Cuando se acercan, Don Quijote pregunta y, tras enterarse de que llevan leones, decide enfrentarse a ellos. Los argumentos para disuadirlo son variados:

1. El carretero: *"El carro es mío; lo que va en él son dos bravos leones enjaulados, que el general de Orán envía a la corte, presentados a Su Majestad; las banderas son del rey nuestro señor, en señal que aquí va cosa suya"*.
2. El leonero: *"...no han pasado mayores, ni tan grandes, de África a España jamás; y yo soy el leonero, y he pasado otros, pero como éstos, ninguno. Son hembra y macho; el macho va en esta jaula primera, y la hembra en la de atrás; y ahora van hambrientos porque no han comido hoy; y así, vuesa merced se desvíe, que es menester llegar presto donde les demos de comer"*.
3. El hidalgo Don Diego de Miranda: *"-Señor caballero, los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien dellas, y no aquellas que de en todo la quitan; porque la valentía que se entra en la jurisdicción de la temeridad, más tiene de locura que de fortaleza. Cuanto más, que estos leones no vienen contra vuesa merced, ni lo sueñan: van presentados a Su Majestad, y no será bien detenerlos ni impedirles su viaje"*.
4. Sancho, que antes había suplicado al hidalgo que disuadiera a su amo de la locura que iba a acometer, ahora *"con lágrimas en los ojos le suplicó desistiese de tal empresa, en cuya comparación habían sido tortas y pan pintado la de los molinos de viento y la temerosa de los batanes, y, finalmente, todas las hazañas que había acometido en todo el discurso de su vida. -Mire, señor -decía Sancho-, que aquí no hay encanto ni cosa que lo valga; que yo he visto por entre las verjas*

y resquicios de la jaula una uña de león verdadero, y saco por ella que el tal león, cuya debe de ser la tal uña, es mayor que una montaña”.

Por más que porfían, a ningún argumento atiende Don Quijote, por el contrario, los incita a retirarse, a huir. Atiende a las súplicas del carretero de desenganchar las mulas y ponerse a salvo con ellas, pues son su medio de ganarse la vida. Cuando todos se han puesto a salvo, al leonero le manda abrir la jaula del león.

“En el espacio que tardó el leonero en abrir la jaula primera, estuvo considerando don Quijote si sería bien hacer la batalla antes a pie que a caballo; y, en fin, se determinó de hacerla a pie, temiendo que Rocinante se espantaría con la vista de los leones. Por esto saltó del caballo, arrojó la lanza y embrazó el escudo, y, desenvainando la espada, paso ante paso, con maravilloso denuedo y corazón valiente, se fue a poner delante del carro, encomendándose a Dios de todo corazón, y luego a su señora Dulcinea”.

Una pausa se impone. La misma que hace el narrador refiriendo la admiración del “autor de esta verdadera historia” ante el hecho inaudito del valor de Don Quijote al enfrentarse al león:

“¡Oh fuerte y, sobre todo encarecimiento, animoso don Quijote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo, segundo y nuevo don Manuel de León, que fue gloria y honra de los españoles caballeros! ¿Con qué palabras contaré esta tan espantosa hazaña, o con qué razones la haré creíble a los siglos venideros, o qué alabanzas habrá que no te convengan y cuadren, aunque sean hipérbolos sobre todos los hipérbolos? Tú a pie, tú solo, tú intrépido, tú magnánimo, con sola una espada, y no de las del perrillo cortadoras, con un escudo no de muy luciente y limpio acero, estás aguardando y atendiendo los dos más fieros leones que jamás criaron las africanas selvas. Tus mismos hechos sean los

que te alaben, valeroso manchego, que yo los dejo aquí en su punto por faltarme palabras con que encarecerlos".

Pero, el león con la jaula abierta:

“Lo primero que hizo fue revolverse en la jaula, donde venía echado, y tender la garra, y desperezarse todo; abrió luego la boca y bostezó muy despacio, y, con casi dos palmos de lengua que sacó fuera, se despolvoreó los ojos y se lavó el rostro; hecho esto, sacó la cabeza fuera de la jaula y miró a todas partes con los ojos hechos brasas, vista y ademán para poner espanto a la misma temeridad. Sólo don Quijote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él a las manos, entre las cuales pensaba hacerle pedazos. Hasta aquí llegó el extremo de su jamás vista locura. Pero el generoso león, más comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías, ni de bravatas, después de haber mirado a una y otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes a don Quijote, y con gran flema y remanso se volvió a echar en la jaula”.

Aún intenta Don Quijote que el leonero incite al león para que entre en combate. El leonero argumenta que no lo hará *“porque si yo le instigo, el primero a quien hará pedazos será a mí mismo”*. Después recomienda a Don Quijote que se conforme con la hazaña realizada, la cual celebra y alaba. Se convence Don Quijote, le pide que dé testimonio de lo ocurrido y avisa a los huidos.

El león, pues, se muestra manso y cansado o, tal vez, como exagera el leonero, *“el valor de don Quijote, de cuya vista el león, acobardado, no quiso ni osó salir de la jaula, puesto que había tenido un buen espacio abierta la puerta de la jaula”*.

El león y el Cid

En el poema de Mío Cid, se nos presenta un episodio que guarda ciertos paralelismos con el cervantino: un león se escapa y todos huyen, menos los hombres del Cid. Este duerme en ese momento y, ellos deciden defenderlo, aunque con miedo. El Cid se despierta con el alboroto y cuando es informado de lo ocurrido, se va hacia el león dispuesto a todo. Ante tal muestra de arrojo y valentía: “el león, al ver al Cid, tanto se atemorizó / que, bajando la cabeza, ante mío Cid se humilló”. Veamos el episodio completo:

En Valencia estaba el Cid y los que con él son;
con él están sus yernos, los infantes de Carrión.
Echado en un escaño, dormía el Campeador,
cuando algo inesperado de pronto sucedió:
salió de la jaula y desatóse el león.
Por toda la corte un gran miedo corrió;
embrazan sus mantos los del Campeador
y cercan el escaño protegiendo a su señor.
Fernando González, infante de Carrión,
no halló dónde ocultarse, escondite no vio;
al fin, bajo el escaño, temblando, se metió.
Diego González por la puerta salió,
diciendo a grandes voces: «¡No veré Carrión!»
Tras la viga de un lagar se metió con gran pavor;
la túnica y el manto todo sucios los sacó.
En esto despertó el que en buen hora nació;
a sus buenos varones cercando el escaño vio:
«¿Qué es esto, caballeros? ¿Qué es lo que queréis vos?»
«¡Ay, señor honrado, un susto nos dio el león».
Mío Cid se ha incorporado, en pie se levantó,
el manto trae al cuello, se fue para el león;
el león, al ver al Cid, tanto se atemorizó
que, bajando la cabeza, ante mío Cid se humilló.
Mío Cid don Rodrigo del cuello lo cogió,
lo lleva por la melena, en su jaula lo metió.
Maravillados están todos lo que con él son;
lleno de asombro, al palacio todo el mundo se tornó.
Mío Cid por sus yernos preguntó y no los halló;

aunque los está llamando, ninguno le respondió.
Cuando los encontraron pálidos venían los dos;
del miedo de los Infantes todo el mundo se burló.
Prohibió aquellas burlas mío Cid el Campeador.
Quedaron avergonzados los infantes de Carrión.
¡Grandemente les pesa esto que les sucedió!

Si en el Quijote, el enfrentamiento del héroe con el león tiene la doble función de mostrarnos la valentía de Don Quijote así como su locura y desatino, en el Poema, la función es mostrar la cobardía de los infantes de Carrión que no piensan más que en huir, sin pensar en el peligro del Cid: “*Fernando González, infante de Carrión, / no halló dónde ocultarse, escondite no vio; / al fin, bajo el escaño, temblando, se metió. / Diego González por la puerta salió, / diciendo a grandes voces: «¡No veré Carrión!» / Tras la viga de un lagar se metió con gran pavor; / la túnica y el manto todo sucios los sacó*”. Quedan de este modo ridiculizados los infantes, frente aquellos nobles menores que eran el Cid y sus hombres. Por tanto: “Quedaron avergonzados los infantes de Carrión”. Y, aunque el Cid prohíbe las burlas, “Grandemente les pesa esto que les sucedió”.

Preguntas con o sin respuesta

¿Conocía Cervantes el episodio del cantar de gesta? ¿Tenía referencias del mismo y trata de imitarlo o, al menos, le sirvió de inspiración? Nos consta que el Poema no se conoció hasta 1779, cuando Tomás Antonio Sánchez descubrió y publicó el manuscrito y, sobre todo, tras la reconstrucción y estudios de Menéndez Pidal. ¿Quiere ello decir que Cervantes no podía tener alguna referencia del mismo y, sobre todo, del episodio del león? ¿No conocería el romance en el que se recrea tal episodio? Porque, en efecto, en el libro **ROMANCERO DEL CID, COLECCIÓN DE ROMANCES CASTELLANOS QUE TRATAN DE LA VIDA Y HAZAÑAS de RODRIGO DÍAZ DE VIVAR EL CID**

CAMPEADOR. PARÍS BAUDRY, LIBRERÍA EUROPEA, publicado en 1870, se recoge el siguiente, que, por supuesto, data del siglo XV o de fecha anterior:

Acabado de yantar,
La faz en somo la mano
Durmiendo está el señor Cid
En el su precioso escaño.
Guardándole están el sueño
Sus yernos Diego y Femando
Y el tartajoso liermudo,
En lides determinado:
Fablando están juglerías,
Cada cual para hablar paso
Y por soportar la risa
Puesta la mano en los labios;
Cuando unas voces oyeron
Que atronaban el palacio
Diciendo: — Guarda el león,
Mal muera quien lo ha soltado.—
No se turbó don Bermudo,
Empero los dos hermanos
Con la cuita del pavor
De la risa se olvidaron,
Y esforzándose las voces
En puridad se hablaron,
Y aconsejáronse aprisa
Que no luyesen despacio,.
El menor, Fernán González,
Dio principio al fecho malo,
En zaga el Cid se escondió
Bajo su escaño agachado.
Diego, el mayor de los dos,
Se escondió á trecho mas largo
En un lugar tan lijoso
Que no puede ser contado.
Entró gritando el gentío
Y el león entró bramando,
A quien Bermudo atendió
Con el estoque en la mano.
Aquí dio una voz el Cid,

A quien como por milagro
Se humilló la bestia fiera,
Humildosa y coleando.
Agradecióselo el Cid,
Y al cuello le echó los brazos
Y llevólo á la leonera
Faciéndole mil falagos.
Aturdido está el gentío
Viendo lo tal, no acatando
Que ambos eran leones,
Mas el Cid era más bravo.
Vuelto pues a la su sala,
Alegre y no demudado,
Preguntó por sus dos yernos
Su maldad adivinando.
Bermudo le respondió:
— Del uno os daré recaudo,
Que aquí se agachó por ver
Si el león es fembra ó macho. —
Allí entró Martin Peláez,
Aquel temido asturiano,
Diciendo a voces: — Señor,
Albricias, ya lo han sacado.—
El Cid replicó: — ¿A quién? —
El respondió: — Al otro hermano,
Que se sumió de pavor
Do no se sumiera el diablo.
Miradle, señor, do viene,
Empero haceos á un lado
Que habéis para estar par del
Menester un incensario. —
Desenjaularon al uno,
Metieron otro del brazo,
Manchados de cosas malas
De boda los ricos paños.
Movido de saña el Cid
A uno y á otro mirando

Reventando por hablar
Y por callar reventando,
Al cabo soltó la voz
El soberbio castellano,
Y los denuestos les dijo
Que vos contaré despacio.
Non quisiera, yernos míos,
Haber visto tal guisado
Cual el deste mal suceso,
Maguer cuido algún gran daño.
¿*Son* estas ropas de bodas?
¡Haya mal grado el diablo!
¿Qué pavor ha sido el vueso
Que habéis fecho tal recaudo?
Teniendo las vuestas armas
¿*Porqué* fugisteis entrambos?
¿Non estábades conmigo
Para siquiera mirallo?

Pedisteis al rey mis fijas
Cuidando de valer algo,
Non fice mi voluntad,
Mas fice en el su mandado.
¿*Vosotros* sodes los novios
Para mi vejez guardados?
¡Buena vejez me daredes
Siendo tan afeminados!
No quiero pasar de aquí,
Que si miro lo pasado
Reviento de pesadumbre
Considerando este caso. —
Estas palabras el Cid
Les dijo muy enojado
Por haber así fuido
Del león los dos hermanos -.
Agraviáronse los condes,
Y con él quedan odiados.

El león y Manuel de León

Con independencia del conocimiento o no del episodio del Cid y el león, lo más probable es que Cervantes se inspirara en la anécdota de Manuel de León en la que se cuenta que éste, estando junto a unas damas de la reina, a una de ellas se le cayó un guante a un corral de leones. Manuel de León, ya famoso por su heroicidad, baja al patio de los leones, hace que el leonero abra la puerta y, espada en mano, entra. Los leones no “se movieron contra él”. Así, pues, pudo rescatar el guante y entregárselo a su dueña. Otros cuentan la historieta de otra forma. Por ejemplo, Gonzalo Fernández de Oviedo, la narra de la siguiente manera:

“En Segovia, en el palacio del rey don Enrique Cuarto, había un corral con ciertos leones bravos, e las damas de la reina tenían ventanas sobre el mismo corral. Y una de ellas, a quien don Manuel servía (gentil dama), por probar el esfuerzo de don Manuel, o por cualquier ocasión o descuido que lo hiciese, dejó caer (o se le cayó) un guante en el corral de los leones. Y en el

punto se empezó a condoler por la pérdida de su guante e decir: “Oh mi guante! ¡Oh mi guante!”, e mostrar mucho pesar de tal desastre. E don Manuel, que presente estaba, túvose por afrentado si no sacaba el guante de donde estaba, e díjole:

-Señora, ¿seríades muy servida de quien os sacase vuestro guante de donde está?

E ella dijo:

-Teníalo en tanto que no sé encarescer.

Entonces don Manuel bajó, e hizo al leonero que le abriese la puerta del corral, e así como los leones sintieron abrir la puerta acudieron salir de su espelunca, pensando que les traían de comer. E don Manuel entró en el corral con una espada e una capa, e como vido venir los leones echó mano a la espada e ellos pararon admirados, e don Manuel fue adonde el guante estaba e lo tomó e se salió, e el leonero cerró la puerta del corral. E en presencia de caballeros e de aquella señora e otras le dio a aquella cuyo era. E dándole ella las gracias, sin las atender, don Manuel alzó el brazo e dióle una bofetada e dijo:

-Tomad, señora, vuestro guante, y esta bofetada porque nunca pongáis la vida de ningún caballero en aventura por vuestro desvarío¹”.

Reflexiones finales

Los ecos de esta historia y las hazañas de don Manuel de León fueron famosas y muy referidas por diversos autores de los Siglos de Oro, incluyendo al propio Cervantes y a Lope de Vega. Se explica, pues, la referencia del “*autor de esta verdadera historia*” al famoso personaje, advirtiendo que Don Quijote sería “*segundo y nuevo don Manuel de León, que fue gloria y honra de los españoles caballeros*”.

Y no bastó con demostrar la valentía. También hizo muestras de generosa sensatez, pues, por las molestias y el retraso, mandó a Sancho que

¹ Tomado del libro de José Fradejas Lebrero (2008): *Más de mil y un cuentos del Siglo de Oro*; Iberoamericana, Madrid.

les diera dos monedas de oro, una para cada uno (carretero y leonero). Por supuesto que no perdió la ocasión para hacer alarde de su condición de caballero andante: “-Pues, si acaso Su Majestad preguntare quién la hizo, diréisle que el Caballero de los Leones, que de aquí adelante quiero que en éste se trueque, cambie, vuelva y mude el que hasta aquí he tenido del Caballero de la Triste Figura; y en esto sigo la antigua usanza de los andantes caballeros, que se mudaban los nombres cuando querían, o cuando les venía a cuento”.

Conclusión

Parece, pues, evidente que la inspiración de Cervantes para incluir este episodio procede más de la historia de Manuel de León que del Poema de Mío Cid. Aunque, de cualquier forma, nuestro autor ha adaptado perfectamente el hecho del manso león enfrentado a un humano de acuerdo con la naturaleza de su novela y del tipo de aventuras que vive su personaje. Ahí radica su originalidad, de la que nos da innumerables ejemplos en toda su obra.